CRÍTICA LITERARIA

LLUCIÀ POU SABATÉ
Historiador y teólogo



Un camino para la paz interior



Los autores, personas de aguda inteligencia y profunda búsqueda personal, nos hablan de espiritualidad como base para la paz interior y la paz social: aportan una forma de actualizar el mensaje de las tradiciones espirituales, al mundo de hoy tan cambiante. El ego nos causa problemas, y puede trascenderse si entramos en nuestra interioridad, nos trascendemos. Y como en un iceberg, lo que llevamos dentro trasciende al exterior. Si llevamos paz, se extiende la paz a nuestro alrededor; si muchos llevan la paz, habrá paz en este mundo tan necesitado de ella. Si despertamos a nuestra conciencia, no solo las personas sino también nuestra relación con la Tierra estará llena de paz y armonía.

En esta época tan llena de miedos y conflictos, *Espiritualizarse* nos habla de una comprensión sobre el sentido que todo tiene cuando se integra en algo más grande, una causación que viene desde arriba y que reconduce todas las cosas hacia el bien. Esto crea un sentido de aceptación de esa divina voluntad, que supera cualquier resignación y negatividad y que está llena de esperanza. Se trata de una comprensión espiritual, sobre todo de la ley del amor que lo rige todo e integra todo. Es un proyecto de paz: esta vida no podemos controlarla con la razón pues lo más básico, que es la propia vida, es un regalo divino, por eso lo mejor es dejar las riendas de ella a lo que viene de arriba: si perdemos la agenda propia y aprendemos a dejarnos llevar por esa energía divina que nos acompaña, podremos evolucionar de un modo más pleno: los miedos desaparecerán al dejar de querer controlar nuestro día a día, la paz profunda irá anidando en nuestra alma, y la iremos llevando dondequiera que vayamos, para hacer el mundo más sostenible. Necesitamos constructores de paz para desarrollar una fraternidad universal.

RAFAEL DOMINGO y GONZALO RODRÍGUEZ-FRAILE
Espiritualizarse
Amazon, 2022, 219 pág.

ARREBATO

Personas, hermanos (I)

«No son invasores, son seres humanos.» Los obispos españoles han tenido que recordar una verdad tan elemental como esta a raíz de la matanza de por lo menos 37 personas que querían cruzar la valla de Melilla. Por si alguien no está al corriente de ello, vale la pena recordar los hechos: el día de San Juan un grupo de entre 1.000 y 2.000 migrantes, mayoritariamente del Sudán y del Chad, empezaron a saltar el muro fortificado que separa España de Marruecos (y, por lo tanto, Europa de África). Para impedirlo la policía marroquí cargó con una violencia inusual. La mayoría de muertes se produjeron a consecuencia de estas palizas y también de la avalancha humana causada por el pánico. Las personas que lograron saltar el muro fueron reprimidas por la Guardia Civil y la policía española, las cuales —otro hecho inédito hasta el momento— abrieron la puerta a los gendarmes magrebíes, que arrastraron migrantes de nuevo hacia el lado marroquí con tal de seguir apaleándolos.
Mientras los obispos españoles recordaban que los inmigrantes africanos son personas, y el papa Francisco pedía orar «por estos hermanos que han muerto mientras perseguían la esperanza de una vida mejor», el gobierno español, por medio de su presidente, se felicitaba por «el extraordinario trabajo realizado por el gobierno marroquí en coordinación con las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado». La Unión Europea y la Comisión Europea, haciendo gala de su frialdad habitual, ni siquiera han creído necesario lamentar los hechos, que —no lo olvidemos— han pasado en su frontera. Varias ONG, algunas de ellas cristianas, e incluso la propia ONU han pedido una investigación independiente, pero por ahora nadie se ha sentido interpelado.

EDUARD BRUFAU